

tro Padre celestial tampoco os perdonará; y en otra parte: Haced que el sol no se ponga sobre vuestra cólera. Los Santos han tomado siempre estas palabras por regla de su conducta. San Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría, habia reprendido con cierta emoci6n á un senador, el cual se retir6 muy descontento; al llegar la tarde, el Santo hizo decir al senador: El sol está próximo á su ocaso; á estas palabras el senador arrepentido corre cerca del santo Obispo, quien le recibió y abrazó como á un hermano, iluminando el último rayo de sol aquella tierna escena de reconciliacion.

Meditemos sobre este ejemplo con frecuencia, lo mismo que sobre la quinta peticion del *Padre nuestro*. Dios promete perdonarnos si perdonamos á nuestros hermanos, y las ofensas que perdonamos á nuestro prójimo nada son en comparacion de aquellas de que somos culpables para con Dios; ¡recordad que le crucificamos! Pedimos la condonacion de diez mil piezas de oro por la de algunos dineros que se nos deben; pero si perdonamos de corazon esta pequeña suma sin esperar que nuestros deudores nos lo rueguen, si la condonamos toda y sin reserva alguna, es decir, si perdonamos á nuestro prójimo del fondo del corazon y espontáneamente; si le tratamos con bondad, con caridad, en vez de entregarnos á una venganza ciega, ó de esperar que nos satisfaga con su arrepentimiento, todos nuestros pecados nos serán perdonados. Si perdonais á los hombres las faltas que cometan contra vosotros, dice el Salvador, vuestro Padre celestial os perdonará tambien las vuestras. Esta promesa supone, en el que perdona á un hermano, el espíritu de penitencia por sus propios pecados, pues es una verdad de fe que sin el espíritu de penitencia ningun pecado puede ser perdonado.

No nos contentemos con meditar sobre estas palabras; pongámoslas en práctica á ejemplo de aquel buen religioso de que habla la historia. Este religioso vivia en su monasterio con una negligencia que le habia atraido no pocas réprensiones por parte de sus superiores, cuando al llegar á una edad avanzada, cayó enfermo para no levantarse jamás. Uno de sus hermanos, viéndole en el último extremo y sin observar en él ninguna inquietud, ningun temor, le preguntó cómo podia morir con tanta confianza, despues de haber llevado una vida tan poco edificante. Es verdad, hermano mio, contestóle el enfermo, que he sido muy descuidado, y los Ángeles me han manifestado la larga lista de los pecados que he cometido desde mi

entrada en religion: en todo he convenido; mas no han podido mostrarme que me haya hecho culpable de un juicio temerario, ni de la mas pequeña venganza. Entonces he tenido confianza en las promesas del Señor que dijo: No juzgueis, y no seréis juzgados; no condeneis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados. Despues de decir esto los Ángeles rasgaron la lista de mis faltas, y hé aquí el origen de mi confianza. Poco despues se durmió tranquilamente entre los brazos del Dios de misericordia, dejando á todos sus hermanos una leccion saludable y una grande edificacion.

Peticion sexta: *No nos dejes caer en la tentacion*. Cuando hijos bien nacidos han obtenido de su padre el perdon de sus ofensas, ¿qué les queda que hacer, sino evitarlas en adelante, y por una conducta intachable consolar al padre querido á quien han tenido la desgracia de apesadumbrar? Del mismo modo quiere que obremos nuestro Señor Jesucristo. Nada mas natural que el lazo que une esta peticion con la anterior. En la quinta hemos pedido que nos librase el Señor del mal pasado, que es el pecado cometido; en la sexta le pedimos su auxilio contra el mal futuro, que es la tentacion. Sin embargo, la tentacion en sí misma no es mal, como el pecado, y solo lo es en cuanto nos conduce á otro, que es la ofensa de Dios; en esto consiste el por qué de ser tan peligrosa y de que pidamos á Dios que nos libre de ella. Conviene explicar bien el sentido de nuestra súplica. Al decir: *No nos dejes caer en la tentacion* no pedimos quedar libres de toda especie de tentaciones, pero sí 1.º no ser vencidos por la tentacion; 2.º estar libres de tentaciones extraordinarias; 3.º no estar expuestos á tentaciones fuertes ó débiles, si Dios ve que la victoria no seria nuestra, sino para el demonio¹.

¿Por qué no pedimos no caer en toda especie de tentacion? Porque nos es útil el ser tentados. La tentacion nos instruye; por una parte nos da á conocer nuestra debilidad y corrupcion; y por otra el poder de la gracia, la que con tan débiles soldados sabe conseguir tan grandes victorias. La tentacion nos conserva en la humildad: por miedo, dice san Pablo, que la grandeza de mis revelaciones me llenase de orgullo, el aguijon de la carne, el ángel de Satanás, me ha sido dejado para abofetearme, es decir, para mantenerme en la humildad, la vigilancia y la oracion. La tentacion nos afirma en la vir-

¹ S. Cyril. *Catech. mystag.* V; S. Ambr. *lib. V de Sacr.* c. 4; S. Aug. *Epist. CXXI*, c. 11.

tud. Los vientos que agitan las plantas las alimentan, dice un santo Padre, y del mismo modo las tentaciones aumentan la fuerza del alma ¹. La tentacion nos enriquece; pues tantas veces como la resistimos, otras tantas nos hace practicar actos de fidelidad que aumentan nuestros méritos. La tentacion nos da experiencia, ya para nosotros, ya para los demás. *El que no ha sido probado, ¿qué sabe* ²? pregunta el Sabio. Finalmente, la tentacion nos hace compasivos por las flaquezas del prójimo, y hace, segun el apóstol Santiago, reposar sobre nosotros el espíritu del Señor, mientras se espera la eterna corona que debe ceñir la frente del vencedor ³.

Decimos á nuestro Padre celestial: *No nos dejes caer en la tentacion*. ¿Cuál es el sentido de estas palabras? ¿Significan que Dios nos tienta? No, propiamente hablando, Dios no nos tienta, pues tentar es equivalente á inducir al mal ⁴; y si bien leemos en la Historia sagrada que Dios tentó á Abraham, esto significa que Dios quiso poner á prueba la obediencia y la fe de aquel santo varon; de este modo nos tienta Dios diariamente con las enfermedades, aflicciones y penas, ya sea para convertirnos, ya para aumentar nuestros méritos. Dios permite únicamente que seamos tentados en el sentido propiamente dicho, y esto debe consolarnos, puesto que por una parte los enemigos de nuestra alma no pueden ni aun atacarnos sin el permiso de nuestro Padre celestial, y por otra no les permite jamás tentarnos mas allá del límite de nuestras fuerzas ⁵. El sentido de la súplica que le dirigimos es el siguiente: Señor, conocemos nuestra debilidad y nuestra fragilidad, lo mismo que la malicia y el poder del demonio; no permitais, pues, que nos veamos postrados por la tentacion, ni tampoco que seamos tentados si no debemos salir victoriosos del combate.

Ahora bien, para reportar la victoria en estos peligrosos combates es preciso conocer á nuestros enemigos y las armas que debemos oponerles. Tres enemigos están coligados contra nosotros, y no

¹ Plantas nutriunt venti, et tentatio confirmat animæ fortitudinem. (S. Nil.).

² Eccli. xxxiv, 9.

³ Beatus vir qui suffert tentationem, quoniam cum probatus fuerit accipiet coronam vitæ. (Jacob. i, 12).

⁴ Deus enim intentator malorum est, ipse autem neminem tentat. (Jacob. i, 13).

⁵ I Cor. x, 13.

cesan casi nunca de tentarnos: el demonio, el mundo y la carne. El demonio nos tienta sugiriéndonos la idea del mal, por ejemplo, del orgullo, de los celos, de la blasfemia, de la venganza, etc. El mundo nos tienta con malas palabras, con malos libros y con sus malos ejemplos. La carne lo hace con las malas inclinaciones. De estos tres enemigos, el mas peligroso es la carne, porque no nos es dable separarnos de ella.

En cuanto á las armas de que debemos servirnos contra estos tres enemigos, debemos oponer al demonio la señal de la cruz y la invocacion de los santísimos nombres de Jesús y de María; al mundo, el desprecio de sus burlas, de sus amenazas y de sus promesas, considerando su debilidad y la fragilidad de las cosas temporales que desaparecen con la muerte; á la carne, el evitar las ocasiones, la mortificacion de los sentidos, la devocion á la santísima Virgen, madre de toda pureza: esto en cuanto á los remedios particulares. Los generales son: la humildad, la meditacion, el ayuno, la consideracion de la pasion de nuestro Señor y de nuestras postrimerias, y por último, la fidelidad en confiar al confesor las tentaciones de que se vea uno asaltado.

Peticion séptima: *Mas libranos de mal*. Esta peticion confirma las anteriores, añadiendo á ellas algo nuevo ¹. En efecto, en la quinta y la sexta solo hemos pedido que se nos libre del pecado y de la tentacion, é igual gracia pedimos aquí, puesto que solicitamos nos veamos libres de toda especie de mal; sin embargo añadimos que estemos libres de cualquier afliccion corporal y espiritual, pública y particular que pudiese impedirnos alcanzar la felicidad eterna; de modo que despues de haber solicitado el estar libres de los males pasados y futuros, pedimos estarlo de los males presentes; de este modo tambien, despues de haber pedido estar libres del mal de *culpa*, que es el pecado y el mayor de todos los males, pedimos estarlo del mal de *pena*, muy inferior al primero, y que consiste en las aflicciones temporales y eternas, tristes consecuencias del pecado.

Observemos aquí la profunda sabiduría de nuestro Señor, el cual nos enseña á pedir la preservacion del mal en general y no en particular, como la pobreza, las enfermedades, las persecuciones y otras cosas semejantes. En efecto, con frecuencia nos parece que alguna

¹ S. Cypr. De Orat. domin.

cosa nos conviene, mientras que Dios ve que nos sería funesta, y vice versa; de modo que, según nos enseñó el Salvador, le pedimos que nos libre de todo lo que sabe sería un mal para nosotros, ya sea la salud ó la enfermedad, la prosperidad ó la desgracia.

¿No debe considerarse como supérfluo al mandarnos solicitar la preservacion del mal, cuando la misma naturaleza nos indica bastante que recurramos á Dios en nuestras tribulaciones? Es verdad que se recurre á Dios en los sufrimientos; mas primeramente muchos no lo hacen, y era preciso recordarles este deber; en seguida, otros lo hacen demasiado tarde, despues que, por decirlo así, han agotado todos los recursos humanos: Dios no es considerado sino como el último recurso, y era preciso ponerles en guardia contra esta falta injuriosa de confianza. Finalmente, casi todos desconocemos el orden y la manera de pedir la preservacion del mal; así es que en vez de pedir ante todo la preservacion del pecado, pedimos la preservacion de la pena: experimentamos reveses de fortuna, el quebrantamiento de nuestra salud, etc., al momento pedimos á Dios que nos libre de estos males, sin pensar en la preservacion de los males mas importantes, como son el pecado y el peligro de cometerlo. De aquí dimana que nada se obtiene, porque no se observa el mandato de nuestro Señor, el cual nos manda pedir ante todo el reino de Dios y su justicia; además, en lugar de solicitar condicionalmente la preservacion de los males temporales, la pedimos varias veces de un modo absoluto, sin resignacion, con impaciencia, dejandonos arrastrar al descontento, á los murmullos, si no la obtenemos, ó si Dios nos la hace esperar. Ahora bien, para orar como nuestro Señor manda, debemos pedir de un modo absoluto que Dios nos preserve ó nos libre del pecado, que es el único mal verdadero; respecto á los demás males debemos pedir vernos libres de ellos, en cuanto su preservacion puede ser ventajosa para nuestra salvacion.

Libranos de mal. Para resumir en dos palabras esta peticion, *libranos de mal*, decimos: Así terminan y deben terminar todas las oraciones del hombre desde su caída. La preservacion del mal, hé aquí el objeto de toda la Religion, de todos los sacrificios, de todas las penitencias públicas ó privadas que se han verificado en todos los pueblos desde el principio del mundo. En la peticion anterior rogábamos á Dios que nos librase del pecado; en ésta le pedimos nos libre de la pena del pecado; así es que solicitamos nos libre de una

muerte repentina, de los castigos que están reservados á los impíos, y del fuego del purgatorio, del cual le pedimos queden libres los que lo sufren. Pedimosle que nos preserve de todos los males, así interiores como exteriores, del agua, del fuego, del rayo, del granizo, del hambre, de las sediciones y de la guerra; pedimosle que aleje de nosotros las enfermedades, la peste, los estragos, la prision, el destierro, las traiciones, las celadas, en una palabra, todas las incomodidades que afligen al género humano. Pedimosle finalmente que las riquezas, los honores, la salud, la misma vida no contribuyan á nuestra desgracia y á la ruina de nuestra alma.

Pidámoslo todo con confianza, pues al mandarnos que le pidiésemos la preservacion de los males, nuestro buen Padre nos ha dado con esto mismo la seguridad de ser escuchados. *Clamaron los justos, y el Señor los oyó, y de todas sus tribulaciones los libró*¹. En esta peticion la palabra mal significa el malo ó el demonio, y pedimos á Dios que nos libre de él, por haber sido el autor de todos los crímenes y desgracias de los hombres; decimos el malo y no los malos, porque los males que nos vienen de nuestro prójimo deben ser imputados á las sugerencias del demonio; así es que, léjos de irritarnos contra nuestro hermano, debemos dirigir toda nuestra cólera contra Satanás, causa de todos los males que los hombres se hacen unos á otros.

La tercera parte de la Oracion dominical se compone de esta sola palabra, que es, por decirlo así, el sello y la conclusion: *Amen*. *Amen* es una palabra hebrea que significa: *así sea*; que se haga como acabo de decir, que todas nuestras peticiones nos sean concedidas; lo creemos, lo esperamos. Esta palabra hebrea se conserva como un recuerdo de la primitiva Iglesia, por respeto hácia nuestra venerable antigüedad²; y tambien por respeto hácia nuestro Señor, de cuyos labios se oyó frecuentemente³. *Amen* es tambien un nuevo voto, un deseo mas vivo de obtener lo que se ha pedido. Conviene pronunciar esta conclusion con particular sinceridad y devocion, ya para suplir los defectos de atencion y de fervor que hayan podi-

¹ Psalm. xxxiii, 18.

² Propter sanctiorem auctoritatem servata est antiquitas. (S. Aug. *Lib. II de Doctr. christ.* c. 11).

³ Absolutis precibus et gratiarum actione, quilibet de populo qui adest, faustis vocibus acclamat: Amen. (S. Justin. *Apol.* 2).

do deslizarse en el resto de la oracion, ya para hacer un último esfuerzo, y herir como por último golpe el corazon de nuestro Padre.

Tal es la oracion del Señor; nada mas santo, mas tierno, mas augusto, mas eficaz. Es una llave de oro con la cual podemos, cuando nos plazca, abrir todos los tesoros del cielo; así pues, amémosla, venerémosla, y guardémosla como el bien mas precioso, haciendo de la misma un frecuente uso. Sin embargo de ser todopoderosa, esta oracion divina nada nos hará obtener si no es bien hecha, y nada es tan eficaz para reanimar nuestro fervor al orar, así como nada hay tan célebre en la historia de la santidad como la vision de san Bernardo, la cual nos manifiesta las diferentes clases de personas que se dan á la oracion, y las recompensas que cada una merece.

El ilustre fundador del Cister se hallaba una noche en oracion, mientras todos sus religiosos recitaban el oficio: éstos eran en gran número, y Dios le dió á conocer que todos serian salvados, no porque en el momento de la vision estuviesen todos animados de un verdadero fervor; mucho faltaba. El Santo vió al lado de cada religioso á un Ángel que escribia; algunos de ellos lo hacian con letras de oro, otros con agua, y otros con tinta negra. Nuestro Señor reveló al Santo el sentido de esta vision, diciéndole que los religiosos que oraban con fervor eran aquellos cuyos Ángeles escribian sus oraciones en letras de oro; que los que oraban con dejadez eran aquellos cuyos Ángeles escribian sus oraciones con agua; que los que oraban con distraccion y medio dormidos eran aquellos cuyas oraciones escribian los Ángeles con tinta negra; que los primeros merecian una gran recompensa, que los segundos no merecian nada ó casi nada, y que los últimos eran dignos de castigo.

¡Oh vosotros que leéis estas líneas! supongo que veis lo que vuestro Ángel bueno escribe cuando orais por la mañana ó por la noche, ya en la iglesia ó ya durante el dia: ¿está mojada su pluma en oro, en agua ó en tinta negra? Hé aquí una cuestion que os dejo el cuidado de resolver.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber compuesto para mí una oracion corta, fácil, completa y sumamente eficaz; ha-

cedme la gracia de quela recite siempre con las disposiciones que la misma exige.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, rezaré con doblada atencion el Padre nuestro de mi oracion de la mañana.